

Programa oficial



7 Junio

Año 1917

EL DIA DEL CORPUS
EN
TOLEDO



Programa de Fiestas

de

El día del Corpus en Toledo.

Por la mañana.

Se tocarán por las bandas de música de la población las tradicionales dianas, anunciando la festividad del día.

A las diez, saldrá de la Santa Iglesia Primada la solemne Procesión del **Santísimo Corpus Christi**, en la que se exhibirán la magnífica Custodia, cuya admiración artística y su valor es incalculable, la cual mandó hacer el Cardenal Jiménez de Cisneros en el año 1515 y se terminó por su constructor Enrique de Arfe en el año 1524; la hermosa manga bordada de oro y sedas representando, con exquisita perfección, varios asuntos de la vida de Nuestra Señora, terminando con la valiosa Cruz del siglo XVI, construída por el platero toledano Gregorio de Varona. Por el excesivo peso de esta manga con su Cruz es llevada en unas andas por cuatro hombres; otras alhajas inapreciables cuyo valor artístico e

histórico son bien conocidos; prestando la mayor solemnidad la asistencia de todas las Autoridades, Corporaciones religiosas y todas las entidades representativas de la población, dando guardia a toda la carrera de la Procesión la Academia de Infantería.

Por la tarde.

A las cuatro y media, gran corrida de toros, a cargo de los afamados diestros VICENTE PASTOR y JUAN BELMONTE, lidiándose ganado de la acreditada vacada de los Herederos de D. Vicente Martínez.

Por la noche.

A las diez, se celebrará un gran acontecimiento artístico y literario, verificándose la representación de la obra lírica en tres actos titulada **El Cristo de la Vega** en el lugar donde fué inspirada la hermosa poesía del inmortal poeta D. José Zorrilla, cuyo título es A BUEN JUEZ MEJOR-TESTIGO.

A dicha representación asistirán los autores don Gonzalo Cantó, D. Fernando Soldevilla y el Maestro Villa, Director de la Banda municipal de Madrid.

La citada obra será puesta en escena por una Compañía de reconocida fama artística.

La orquesta ha sido formada por considerable

número de Profesores que actúan en los principales Teatro de Madrid.

Los tercios de Flandes, que tan importante papel desempeñan en la obra, harán su aparición desde la artística Puerta del Cambrón, siguiendo hasta el lugar de la escena, donde harán el desfile.

Terminada la representación de la citada obra, se leerán varias poesías, hechas expresamente para este acto por eminentes literatos de Madrid, que honrarán con su asistencia este festival.

Toledo 21 de Mayo de 1917.

El Alcalde,
Alfredo Maymó.


El Secretario,
Ricardo San Juan.

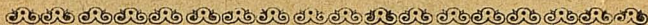
El Presidente de la Comisión de Festejos,
Víctor José Marina.

Reparto de la obra.

<i>Inés de Vargas</i>	Herminia Velasco.
<i>Marta</i>	Sofía Romero.
<i>Aldeana 1.^a</i>	Juana Hernández.
<i>Idem 2.^a</i>	Luisa Díaz.
<i>Ibán de Vargas</i>	José Barberá.
<i>Diego Martínez</i>	José Berenguer.
<i>Don Juan</i>	Lino Rodríguez.
<i>Don Pedro Ruíz de Alarcón</i> .	José Domínguez.
<i>Blasillo</i>	Vicente Íñigo.
<i>Ferrán</i>	José Galán.
<i>Soldado 1.^o</i>	Luis Vallejo.
<i>Idem 2.^o</i>	Juan Martínez.
<i>Cantador de jotas</i>	Luis Ballestie.
<i>El tío de las seguidillas</i> ...	Santiago Rebull.
<i>Alguacil</i>	Francisco Torres.

La obra será puesta en escena por el maestro Sendra.





Comentarios y crítica

de

« El Cristo de la Vega ».

Esta hermosa obra, estrenada con extraordinario éxito en el Teatro Price, de Madrid, va recorriendo triunfal los escenarios de España. Badajoz, Granada y Barcelona han aclamado a los autores de tan feliz producción, que recuerda aquellos tiempos gloriosos de la zarzuela *grande* española.

La escena del primer cuadro de EL CRISTO DE LA VEGA representa una calle de Toledo con la casa de Ibán de Vargas.

Asimismo se desarrolla la acción de los cuadros siguientes en la histórica ciudad, apareciendo la Vega, las afueras de la puerta del Cambrón y el trozo de Vega en que está enclavada la ermita en la que se venera al Cristo que da origen a la leyenda y al poema. Este, la zarzuela inspirada en la leyenda que inmortalizó Zorrilla, es en no pocos pasajes de emoción intensísima; otros, gratamente cómicos; otros, en fin, de una delicada ternura y conmovedora poesía. Imposible de enumerar aquí los motivos amplios del desarrollo escénico; destacan como más vistosos, simpáticos y solemnes, el desfile de las tropas de Flandes, la petición de justicia de Inés y el cuadro final con la invocación al Cristo y el recto testimonio de éste. La versificación es impecable y los cantables están cincelados en un depuradísimo gusto.

La música es muy digna compañera del libro, melódica, inspirada. Tiene en el acto primero una serenata, un cuplé picaresco y un dúo; en el segundo una romanza y un genial concertante, y en el tercero una bellísima plegaria que dice el pueblo ante la imagen del Cristo, momentos antes de su justicia.

La obra de los Sres. Cantó, Soldevilla y Villa les honra muy justamente, siendo un alto galardón de los populares autores, y merecedora de ir en la compañía del nombre glorioso de José Zorrilla.

Para juzgar de lo hermoso de la versificación, copiamos un fragmento tomado al azar. Es la plegaria del último cuadro, que canta el pueblo ante la imagen del CRISTO DE LA VEGA.

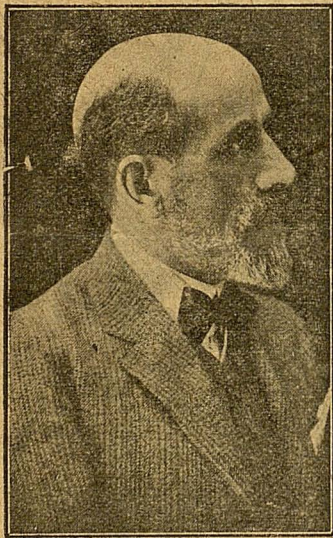
Dice así:

«Mártir del Gólgota,—Rey de los cielos,
que has redimido la humanidad,
fuente de amores y de consuelos
en Tí tan solo todo es verdad.

Tú, Señor, que eres todo clemencia,
Tú, por nosotros, muerto en la Cruz,
ven e ilumina nuestra conciencia
con tus divinos rayos de luz.


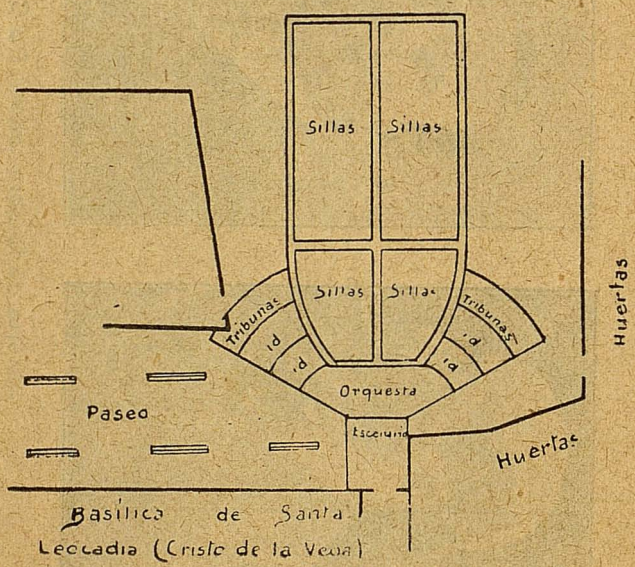
Ya que a los vivos como a los muertos
juzgas, porque eres hijo de Dios,
ya que los brazos tienes abiertos
entre tus brazos ampáranos».

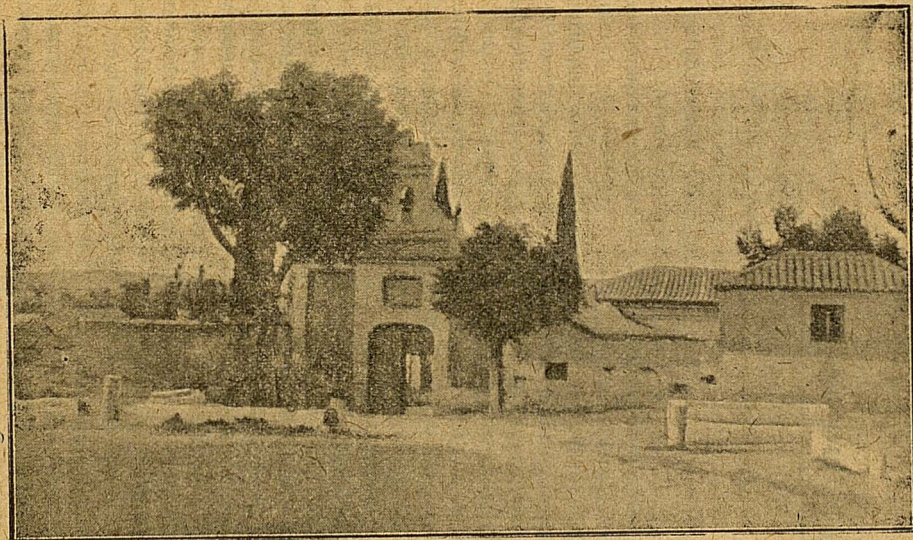




Autores de la obra teatral EL CRISTO DE LA VEGA

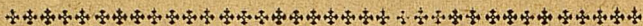
PROQUIS de la disposici^on y distribuci^on del
 terreno, delante de la fachada de
 la Basílica de S^{ta} Leocadia, donde se
 venera el Santísimo Cristo de la Vega, para
 el festival que se verificará en dicho día.



Vista de la portada de la Ermita del Cristo de la Vega.

Fotografía J. Sancho.



A buen juez mejor testígo.

Tradicíón de Toledo.

I

Entre pardos nubarrones
Pasando la blanca luna,
Con resplandor fugitivo,
La baja tierra no alumbra.
La brisa con frescas alas
Juguetera no murmura,
Y las veletas no giran
Entre la cruz y la cúpula.
Tal vez un pálido rayo
La opaca atmósfera cruza,
Y unas en otras las sombras
Confundidas se dibujan.
Las almenas de las torres
Un momento se columbran,
Como lanzas de soldados
Apostados en la altura.
Reverberan los cristales
La trémula llama turbia,
Y un instante entre las rocas
Riela la fuente oculta,
Los álamos de la vega
Parecen en la espesura
De fantasmas apiñados
Medrosa y gigante turba;

Y alguna vez desprendida
Gotea pesada lluvia,
Que no despierta a quien duer- [me
Ni a quien medita importuna.
Yace Toledo en el sueño
Entre las sombras confusa,
Y el Tajo a sus pies pasando
Con pardas ondas lo arrulla.
El monótono murmullo
Sonar perdido se escucha,
Cual si por las hondas calles
Hirviera del mar la espuma.
¡Qué dulce es dormir en calma
Cuando a lo lejos susurran
Los álamos que se mecen,
Las aguas que se derrumban!
Se sueñan bellos fantasmas
Que el sueño del triste endulzan,
Y en tanto que sueña el triste,
No le aqueja su amargura.
Tan en calma y tan sombría
Como la noche que enluta
La esquina en que desemboca
Una callejuela oculta,
Se ve de un hombre que aguarda

La vigilante figura,
Y tan a la sombra vela
Que entre las sombras se ofusca.
Frente por frente a sus ojos
Un balcón a poca altura
Deja escapar por los vidrios
La luz que dentro le alumbrá;
Mas ni en el claro aposento,
Ni en la callejuela oscura
El silencio de la noche
Rumor sospechoso turba.
Pasó así tan largo tiempo,
Que pudiera haberse duda
De si es hombre o solamente
Mentida ilusión nocturna;
Pero es hombre, y bien se ve,
Porque con planta segura
Ganando el centro a la calle
Resuelto y audaz pregunta:
--¿Quién va?-- y a corta distancia
El igual compás se escucha
De un caballo que sacude
Las sonoras herraduras.
¿Quién va?, repite, y cercana
Otra voz menos robusta
Responde: —Un hidalgo, ¡calle!
Y el paso el bulto apresura.
—Téngase el hidalgo—el hom-
[bre
Replica, y la espada empuña.
--Ved más bien si me haréis ca-
(Repitieron con medida), [lle
Que hasta hoy a nadie se tuvo
[bán de Vargas y Acuña.

—Pase el Acuña y perdone:—
Dijo el mozo en faz de fuga,
Pues teniéndose el embozo
Sopla un silbato y se oculta.
Paró el jinete a una puerta,
Y con precaución difusa
Salió una niña al balcón
Que llama interior alumbrá.
--¡Mi padre!--clamó en voz baja,
Y el viejo en la cerradura
Metió la llave, pidiendo
A sus gentes que le acudan.
Un negro por ambas bridas
Tomó la cabalgadura,
Cerróse detrás la puerta
Y quedó la calle muda.
En esto desde el balcón,
Como quien tal acostumbra,
Un mancebo por las rejás
De la calle se asegura
Asió el brazo al que apostado
Hizo cara a Ibán de Acuña,
Y huyeron, en el embozo
Velando la catadura.

II

Clara, apacible y serena
Pasa la siguiente tarde,
Y el sol tocando su ocaso
Apaga su luz gigante:
Se ve la imperial Toledo
Dorada por los remates,
Como una ciudad de grana

Coronada de cristales.
El Tajo por entre rocas
Sus anchos cimientos lame,
Dibujando en las arenas
Las ondas con que las bate.
Y la ciudad se retrata
En las ondas desiguales,
Como en prendas de que el río
Tan afanoso la bañe.
A lo lejos en la vega
Tiendegalán por sus márgenes,
De sus álamos y huertos
El pintoresco ropaje,
Y porque su altiva gala
Más a los ojos halague,
La salpica con escombros
De castillos y de alcázares.
Un recuerdo es cada piedra
Que toda una historia vale,
Cada colina un secreto
De príncipes o galanes.
Aquí se bañó la hermosa
Por quien dejó un rey culpable
Amor, fama, reino y vida
En manos de musulmanes.
Allí recibió Galiana
A su receloso amante,
En esa cuesta que entonces
Era un plantel de azahares.
Allá por aquella torre,
Que hicieron puerta los árabes,
Subió el Cid sobre Babieca
Con su gente y su estandarte.
Más lejos se ve el castillo

De San Servando, ó Cervantes,
Donde nada se hizo nunca
Y nada al presente se hace.
A este lado está la almena
Por dó sacó vigilante
El Conde don Peranzules
Al Rey, que supo una tarde
Fingir tan tenaz modorra,
Que, político y constante,
Tuvo siempre en brazo quedo
Las palmas al horadarle.
Allí está el circo romano,
Gran cifra de un pueblo grande,
Y aquí la antigua Basílica
De bizantinos pilares,
Que oyó en el primer concilio
Las palabras de los padres
Que velaron por la Iglesia
Perseguida o vacilante.
La sombra en este momento
Tiende sus turbios cendales
Por todas esas memorias
De las pasadas edades,
Y del Cambrón y Visagra
Los caminos desiguales,
Camino a los toledanos
Hacia las murallas abren.
Los labradores se acercan
Al fuego de sus hogares,
Cargados con sus aperos,
Cansados de sus afanes.
Los ricos y sedentarios
Se tornan con paso grave,
Calado el ancho sombrero,

Abrochados los gabanes;
 Y los clérigos y monjes,
 Y los prelados y abades,
 Sacudiendo el leve polvo
 De capelos y sayales.
 Quédase sólo un mancebo
 De impetuosos ademanes,
 Que se pasea ocultando
 Entre la capa el semblante.
 Los que pasan le contemplan
 Con decisión de evitarle,
 Y él contempla a los que pasan
 Como si a alguien aguardase.
 Los tímidos aceleran
 Los pasos al divisarle,
 Cual temiendo de seguro
 Que les proponga un combate;
 Y los valientes le miran
 Cual si sintieran dejarle
 Sin que libres sus estoques
 En riña sonora dancen.
 Una mujer también sola
 Se viene el llano adelante,
 La luz del rostro escondida
 En tocas y tafetanes,
 Mas en lo leve del paso,
 Y en lo flexible del talle,
 Puede a través de los velos
 Una hermosa adivinarse.
 Váse derecha al que aguarda,
 Y él al encuentro la sale
 Diciendo... cuanto se dicen
 En las citas los amantes.
 Mas ella, galanterías

Dejando severa aparte,
 Así al mancebo interrumpe
 En voz decisiva y grave:
 «Abreviemos de razones,
 Diego Martínez; mi padre,
 Que un hombre ha entrado en
 [su ausencia
 Dentro mi aposento sabe:
 Y así quien mancha mi honra
 Con la suya me la lave;
 O dadme mano de esposo,
 O libre de vos dejadme.»
 Miróla Diego Martínez
 Atentamente un instante,
 Y echando a un lado el embozo,
 Repuso palabras tales:
 «Dentro de un mes, Inés mía,
 Parto a la guerra de Flandes;
 Al año estaré de vuelta
 Y contigo en los altares.
 Honra que yo te desluzca
 Con honra mía se lave;
 Que por honra vuelven honra
 Hidalgos que en honra nacen.
 —Júralo— exclamó la niña.
 —Más que mi palabra vale
 No te valdrá un juramento.
 —Diego, la palabra es aire.
 —¡Vive Dios que estás tenaz!
 Dalo por jurado y baste.
 —No me basta, que olvidar
 Puedes la palabra en Flandes.
 —¡Voto a Dios!, ¿qué más pre-
 [tendes?

—Que a los pies de aquella ima-
Lo jures como cristiano [gen
Del santo Cristo delante.»
Vaciló un punto Martínez,
Mas porfiando que jurase,
Llevóle Inés hacia el templo
Que en medio la vega yace.
Enclavado en un madero,
En duro y postrero trance,
Ceñida la sien de espinas,
Descolorido el semblante,
Viase allí un crucifijo
Teñido de negra sangre,
A quien Toledo devota
Acude hoy en sus azares.
Ante sus plantas divinas
Llegaron ambos amantes,
Y haciendo Inés que Martínez
Los sagrados pies tocase,
Preguntóle:

—Diego, ¿juras

A tu vuelta desposarme?

Contestó el mozo:

—¡Sí juro!

Y ambos del templo se salen.

III

Pasó un día y otro día,
Un mes y otro mes pasó,
Y un año pasado había,
Mas de Flandes no volvía
Diego, que a Flandes partió.
Lloraba la bella Inés

Su vuelta aguardando en vano
Oraba un mes y otro mes
Del crucifijo a los pies
Do puso el galán su mano.

Todas las tardes venía
Después de traspuesto el sol,
Y a Dios llorando pedía
La vuelta del español,
Y el español no volvía.

Y siempre al anochecer,
Sin dueña y sin escudero,
En un manto una mujer
El campo salía a ver
Al alto del *Miradero*.

¡Ay del triste que consume
Su existencia en esperar!
¡Ay del triste que presume
Que el duelo con que él se abru-
Al ausente ha de pesar! [me.

La esperanza es de los cielos
Precioso y funesto dón,
Pues los amantes desvelos
Cambian la esperanza en celos
Que abrasan el corazón.

Si es cierto lo que se espera,
Es un consuelo en verdad;
Pero siendo una quimera,
En tan frágil realidad
Quien espera desespera.

—Así Inés desesperaba
Sin acabar de esperar,
Y su tez se marchitaba,
Y su llanto se secaba
Para volver a brotar.

En vano a su confesor
Pidió remedio o consejo
Para aliviar su dolor;
Que mal se cura el amor
Con las palabras de un viejo.

En vano a Ibán acudía
Llorosa y desconsolada;
El padre no respondía;
Que la lengua le tenía
Su propia deshonra atada.

Y ambos maldicen su estrella,
Callando el padre severo
Y suspirando la bella,
Porque nació mujer ella,
Y el viejo nació altanero.

Dos años al fin pasaron
En esperar y gemir,
Y las guerras acabaron,
Y los de Flandes tornaron
A sus tierras a vivir.

Pasó un día y otro día,
Un mes y otro mes pasó,
Y el tercer año corría;
Diego a Flandes se partió,
Mas de Flandes no volvía.

Era una tarde serena,
Doraba el sol de occidente
Del Tajo la vega amena,
Y apoyada en una almena
Miraba Inés la corriente.

Iban las tranquilas olas
Las riberas azotando
Bajo las murallas solas,
Musgo, espigas y amapolas

Ligeramente doblando.

Algún olmo que escondido
Creció entre la yerba blanda,
Sobre las aguas tendido
Se reflejaba perdido
En su cristalina banda.

Y algún ruiñeñor colgado
Entre su fresca espesura
Daba al aire embalsamado
Su cántico regalado
Desde la enramada oscura.

Y algún pez con cien colores,
Tornasolada la escama,
Saltaba a besar las flores
Que exhalan gratos olores
A las puntas de una rama,
Y allá en el trémulo fondo
El torreón se dibuja
Como el contorno redondo
Del hueco sombrío y hondo
Que habita nocturna bruja.

Así la niña lloraba
El rigor de su fortuna,
Y así la tarde pasaba
Y al horizonte trepaba
La consoladora luna.

A lo lejos por el llano
En confuso remolino
Vió de hombres tropel lejano
Que en pardo polvo liviano
Dejan envuelto el camino.

Bajó Inés del torreón,
Y llegando recelosa
A las puertas del Cambrón,

Sintió latir zozobrosa
Más inquieto el corazón.

Tan galán como altanero
Dejó ver la escasa luz
Por bajo el arco primero
Un hidalgo caballero
En un caballo andaluz.

Jubón negro acuchillado,
Banda azul, lazo en la hombrera,
Y sin pluma al diestro lado
El sombrero derribado
Tocando con la gorguera.

Bombacho gris guarnecido,
Bota de ante, espuela de oro,
Hierro al cinto suspendido,
Y a una cadena prendido
Agudo cuchillo moro.

Vienen tras este jinete
Sobre potros jerezanos
De lanceros hasta siete,
Y en adarga y coselete
Diez peones castellanos.

Asióse a su estribo Inés
Gritando: — ¡Diego, eres tñ!
Y él, viéndola de través,
Dijo: — ¡Voto a Belcebú,
Que no me acuerdo quién es!

Dió la triste un alarido
Tal respuesta al escuchar,
Y a poco perdió el sentido,
Sin que más voz ni gemido
Volviéra en tierra a exhalar.

Frunciendo ambas a dos cejas
Encomendóla a su gente,

Diciendo: — ¡Malditas viejas
Que a las mozas malamente
Enloquecen con consejas! —

Y aplicando el capitán
A su potro las espuelas
El rostro a Toledo dan,
Y a trote cruzando van
Las oscuras callejuelas.

IV

Así por sus altos fines
Dispone y permite el cielo
Que puedan mudar al hombre
Fortuna, poder y tiempo.
A Flandes partió Martínez
De soldado aventurero,
Y por su suerte y hazañas
Allí capitán le hicieron.
Según alzaba en honores
Alzabase en pensamientos,
Y tanto ayudó en la guerra
Con su valor y altos hechos,
Que el mismo rey a su vuelta
Le armó en Madrid caballero,
Tomándole a su servicio
Por capitán de Lanceros.
Y otro no fué que Martínez
Quien há poco entró en Toledo,
Tan orgulloso y ufano
Cual salió humilde y pequeño.
Ni es otro a quien se dirige,
Cobrado el conocimiento,
La amorosa Inés de Vargas,

Que vive por él muriendo.
 Mas él, que olvidando todo
 Olvidó su nombre mesmo,
 Puesto que Diego Martínez
 Es el capitán don Diego,
 Ni se ablanda a sus caricias,
 Ni cura de sus lamentos,
 Diciendo que son locuras
 De gentes de poco seso;
 Que ni él prometió casarse
 Ni pensó jamás en ello.
 ¡Tanto mudan a los hombres
 Fortuna, poder y tiempo!
 En vano porfiaba Inés
 Con amenazas y ruegos;
 Cuanto más ella importuna,
 Está Martínez severo.
 Abrazada a sus rodillas
 Enmarañado el cabello,
 La hermosa niña lloraba
 Prosternada por el suelo.
 Mas todo empeño es inútil,
 Porque el capitán don Diego
 No ha de ser Diego Martínez
 Como lo era en otro tiempo.
 Y así llamando a su gente,
 De amor y piedad ajeno,
 Mandóles que a Inés llevaran
 De grado o de valimiento.
 Mas ella, antes que la asieran,
 Cesando un punto en su duelo,
 Así habló, el rostro lloroso
 Hacia Martínez volviendo:
 «Contigo se fué mi honra,

Conmigo tu juramento;
 Pues buenas prendas son am-
 [bas,
 En buen fiel las pesaremos.»
 Y la faz descolorida
 En la mantilla envolviendo
 A pasos desatentados
 Salióse del aposento.

V

Era entonces de Toledo
 Por el rey gobernador
 El justiciero y valiente
 Don Pedro Ruiz de Alarcón.
 Muchos años por su patria
 El buen viejo peleó;
 Cercenado tiene un brazo,
 Mas entero el corazón.
 La mesa tiene delante,
 Los jueces en derredor,
 Los corchetes a la puerta
 Y en la derecha el bastón.
 Está, como presidente
 Del tribunal superior,
 Entre un dosel y una alfombra
 Reclinado en un sillón
 Escuchando con paciencia
 La casi esmática voz
 Con que un tétrico escribano
 Solfea una apelación.
 Los asistentes bostezan
 Al murmullo arrullador,
 Los jueces medio dormidos

Hacen pliegues al ropón,
Los escribanos repasan
Sus pergaminos al sol,
Los corchetes a una moza
Guiñan en un corredor,
Y abajo en Zocodover
Gritan en discorde son
Los que en el mercado venden
Lo vendido y el valor.

Una mujer en tal punto,
En faz de grande aflicción,
Rojos de llorar los ojos,
Ronca de gemir la voz,
Suelto el cabello y el manto,
Tomó plaza en el salón
Diciendo a gritos: «¡Justicia,
Jueces, justicia, señor!»
Y a los pies se arroja humilde
De don Pedro de Alarcón,
En tanto que los curiosos
Se agitan al rededor.
Alzóla cortés don Pedro
Calmando la confusión
Y el tumultuoso murmullo
Que esta escena ocasionó,
Diciendo:

—Mujer, ¿qué quieres?

—Quiero justicia, señor.

—¿De qué?

—De una prenda hurtada.

—¿Qué prenda?

—Mi corazón.

—¿Tú le diste?

—Le presté.

—¿Y no te le han vuelto?

—No.

—¿Tienes testigos?

—Ninguno.

—¿Y promesa?

—¡Sí, por Dios!

Que al partirse de Toledo

Un juramento empeñó.

—¿Quién es él?

—Diego Martínez.

—¿Noble?

—Y capitán, señor.

—Presentadme al capitán,
Que cumplirá si juró—.

Quedó en silencio la sala,

Y a poco, en el corredor

Se oyó de botas y espuelas

El acompasado son.

Un portero, levantando

El tapiz, en alta voz

Dijo: --El capitán don Diego.—

Y entró luego en el salón

Diego Martínez, los ojos

Llenos de orgullo y furor.

—¿Sois el capitán don Diego,

Díjole don Pedro, vos?

Contestó altivo y sereno

Diego Martínez:

—Yo soy.

—¿Conocéis a esta muchacha?

—Há tres años, salvo error.

—¿Hicisteisla juramento

De ser su marido?

—No.

—¿Juráis no haberlo jurado?

¿Quién fué?

—Sí juro.

—El CRISTO de la Vega

—Pues id con Dios.

A cuya faz perjuro.

--¡Miente!--clamó Inés llorando
De despecho y de rubor.

Pusiéronse en pie los jueces

—Mujer, ¡piensa lo que dices!...

Al nombre del Redentor,

—Digo que miente; juró.

Escuchando con asombro

—¿Tienes testigos?

Tan excelsa apelación.

—Ninguno.

Reinó un profundo silencio

—Capitán, idos con Dios,

De sorpresa y de pavor,

Y dispensad que acusado

Y Diego bajó los ojos

Dudara de vuestro honor.

De vergüenza y confusión.

Tornó Martínez la espalda

Un instante con los jueces

Con brusca satisfacción,

Don Pedro en secreto habló,

E Inés, que le vió partirse,

Y levantóse diciendo

Resuelta y firme gritó:

Con respetuosa voz:

—Llamadle, tengo un testigo.

«La ley es ley para todos,

Llamadle otra vez, señor.

Tu testigo es el mejor,

Volvió el capitán don Diego,

Mas para tales testigos

Sentóse Ruiz de Alarcón,

No hay más tribunal que D os.

La multitud aquietóse

Haremos... lo que sepamos;

Y la de Vargas siguió:

Escribano, al caer el sol

—Tengo un testigo a quien nun-
Faltó verdad ni razón. [ca

Al CRISTO que está en la Vega

Tomaréis declaración.»

—¿Quién?

VI

—Un hombre que de lejos

Es una tarde serena,

Nuestras palabras oyó,

Cuya luz tornasolada

Mirádones desde arriba.

Del purpurino horizonte

—¿Estaba en algún balcón?

Blandamente se derrama.

—No, que estaba en un suplicio

Plácido aroma las flores

Donde há tiempo que expiró.

Sus hojas plegando exhalan,

—¿Luego es muerto?

—No, que vive.

Y el céfiro entre perfumes

—Estáis loca, ¡vive Dios!

Mece las trémulas alas.

Brillan abajo en el valle
Con suave rumor las aguas,
Y las aves en la orilla
Despidiendo al día cantan.
Allá por el *mira tero*
Por el Cambrón y Visagra
Confuso tropel de gente
Del Tajo a la vega baja.
Vienen delante don Pedro
De Alarcón, Ibán de Vargas,
Su hija Inés, los escribanos,
Los corchetes y los guardias;
Y detrás monjes, hidalgos,
Mozas, chicos y canalla.
Otra turba de curiosos
En la vega les aguarda,
Cada cual comentariando
El caso según le cuadra.
Entre ellos está Martínez
En apostura bizarra,
Calzadas espuelas de oro,
Valona de encaje blanca,
Bigote a la borgoñesa,
Melena desmelenada,
El sombrero guarnecido
Con cuatro lazos de plata,
Un pie delante del otro,
Y el puño en el de la espada.
Los plebeyos de reojo
Le miran de entre las capas,
Los chicos al uniforme
Y las mozas a la cara.
Llegado el gobernador
Y gente que le acompaña,

Entraron todos al claustro
Que Iglesia y patio separa.
Encendieron ante el CRISTO
Cuatro cirios y una lámpara,
Y de hinojos un momento
Le rezaron en voz baja.

Está el CRISTO de la Vega
La cruz en tierra posada,
Los pies alzados del suelo
Poco menos de una vara;
Hacia la severa imagen
Un notario se adelanta,
De modo que con el rostro
Al pecho santo llegaba.
A un lado tiene a Martínez,
A otro lado a Inés de Vargas,
Detrás al gobernador
Con sus jueces y sus guardias.
Después de leer dos veces
La acusación entablada,
El notario a Jesucristo
Así demandó en voz alta:
— *«Jesús, Hijo de María,*
«Ante nos esta mañana
«Citado como testigo
«Por boca de Ines de Var-
[gas,
«¿Juráis ser cierto que un día
«A vuestras divinas plantas
«Juró a Inés Diego Martínez
«Por su mujer desposarla?»
Asida a un *brazo* desnudo
Una *mano* atarazada
Viño a posar en los autos

La seca y hendida palma,
Y allá en los aire, «¡SÍ JURO!»
Clamó una voz más que huma-
Alzó la turba medrosa [na.
La vista a la imagen santa...
Los labios tenía abiertos,
Y una mano desclavada.

CONCLUSIÓN

Las vanidades del mundo
Renunció allí mismo Inés,
Y espantado de sí propio

Diego Martínez también.
Los escribanos temblando
Dieron de esta escena fe,
Firmando como testigos
Cuantos hubieron poder.
Fundóse un aniversario
Y una capilla con él,
Y don Pedro de Alarcón
El altar ordenó hacer,
Donde hasta el tiempo que co-
Y en cada año una vez, [rre,
Con la mano desclavada
El crucifijo se ve.



